

# EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

Año V  
REDACCION Y ADMINISTRACION  
Plaza de Cetina (antigua local del Gobierno Civil)  
ANUNCIOS A PRECIOS ECONOMICOS

MURCIA 5 DE ABRIL DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCION  
En Murcia, un mes. . . . . pesetas 1  
Fuera, trimestre. . . . . 3  
Núm. 509

PAGINAS DOMINGUERAS

## Notas de la semana

Los continuos desordenes que vienen ocurriendo, á causa del descontento general que existe entre los estudiantes de todas las Universidades, han ocupado la atención publica durante toda la semana.

Hace bastante tiempo, que los estudiantes de la facultad de medicina de Madrid iniciaron el conflicto, y recientemente el telegrafo nos viene dando cuenta de las continuas algarradas que por analogia causan en Valencia. Numerosos grupos de estudiantes continúan silbando allí al gobernador, y la guardia civil en unión de la policia continua también dando cargas y más cargas sobre aquellos, sin que por esto mejore la situación; porque para resolver el conflicto, se requieren otra clase de obras y otros argumentos muy distintos de los que proporciona la fuerza.

Algo parecido ocurre en Salamanca, y un salvaje inspector de policia no encuentra más medio de ejercer su autoridad para aplacar el animo excitado de los escolares, que abofetear á uno de ellos.

El motin estudiantil estalla entonces con violencia. El gobierno civil es apedreado por los estudiantes, pero la revancha es terrible...

Los claustros de la Universidad salmantina son manchados con la sangre de los escolares y dentro de la misma catedral donde debió recibir las ideas que formasen y robusteciesen su inteligencia, queda sin vida uno de ellos, víctima del abuso del maüsser.

Los funestos sucesos de Salamanca encuentran eco en Madrid, y ya conocemos los resultados de la triste jornada que allí ha tenido lugar en el día de ayer.

Aquí tiene el gobierno las consecuencias que produce el adoptar injustificadamente medidas de rigor.

¿Que consiguió el gobernador de Salamanca?

Además de desprestigiarse, proporcionar un día de luto á una ciudad entera, ensangrentar después las calles de Madrid, y hacer ejecutar una mala obra á la representación de un cuerpo por cuyo prestigio deben velar los gobernios.

De esa juventud que hoy asiste á las cátedras, han de salir los hombres que mañana regirán los destinos de nuestra Nación; y es muy natural que el recuerdo de sus compañeros ensangrentados por los balazos del maüsser, les haga mirar con prevención y antipatia el uniforme de los que dispararon.

Y después de todo esto, tendrá que accederse á lo solicitado por los escolares, porque sus peticiones son justas, y á la razón jamás se la domina con la fuerza.

También se generaliza el malestar entre las clases trabajadoras, como lo demuestran las continuas huelgas que vienen originándose, contribuyendo á que la intranquilidad cunda por todas partes.

La opinion pública reclama con urgencia un gobierno liberal, que estando compenetrado con el pueblo, pueda poner fin al actual estado anormal, solucionando los conflictos pendientes y atendiendo con solicitud á las justas peticiones que vienen ha-

ciendo constantemente la: clases productoras del pais.

Aquí en un pueblo de nuestra provincia, el empujamiento de las luchas políticas, ha dado también funestos resultados. Todos conocemos ya con todos sus detalles, el lamentable suceso á que me refiero.

El mundo católico conmemora hoy la entrada triunfal del Hijo de Dios en Jerusalén y en nuestra ciudad se inaugura, con la de hoy, la serie de nuestras artísticas procesiones, de Semana Santa.

EL BACHILLER BUENAVISTA.

## Eh!... Para!...

Paró el tren.

Ya de noche, unos viejecitos han salido á la estación en un pueblecillo de la Mancha; traen su hija; contará diez y seis años; menuda, de diminutas graciosas facciones tostadas por el sol; sana, candorosa... ¡una florecilla del campo!...

La envían á Madrid con el santo propósito de que se ponga á servir, á ver si hace una buena suerte... les daba pena verla trabajar en la extensa llanura lo mismo que los hombres, como bestia de carga...

Se han unido los tres en estrecho abrazo de despedida; se han dado muchos besos; después la muchacha ha subido al tren, sola, á la buena de Dios. Los viejos, desde el andén, le hacen con amante celo, juiciosas recomendaciones:

—No te asomes á la ventanilla, que se pudiese abrir la portezuela y te pudieses caer.

—¡Ay, Dios mio!

—El billete ahí le llevas... ten cuidado, que pudieras perderle.

—Y en Madrid, á ver como te portas...?

—Que no dejes de escribir.

—¡Hijita mia!...

Habia partido el tren... Los viejecitos quedan llorando y sus vagas siluetas, allá, en el andén, se alejan, se pierden... La muchacha, en el vagón, también llora, sentada con abatimiento en el duro banco de madera... ¡Doblada la cabeza sobre el pecho como florecilla tronchada!...

Y vuela el tren por el infinito llano de la Mancha en la negra noche sin luna.

El tren marcha.

La muchacha llora inconsolable, hilo á hilo, con suspirar silencioso, como si hubiera de llorar siempre... Contemplándola, evoca á los viejecitos, allá en el lejano andén, llorando también sin consuelo, arrepentidos quizás de haberla dejado partir.

Y aquel dolor (ese dolor que, es la primera realidad de muchos sueños de ventura) se posesionó de mi ánimo, me obsesionó, y, al asomarme á la ventanilla, me pareció en la negra noche ver á los dos viejecitos que en vertiginosa carrera iban en pos del tren... Y á fuerza de creer quiméricamente que eran ellos, también me pareció, entre el ruido ensordecedor de la marcha, oírlos gritar pesados, arrepentidos, con voces angustiadas, suplicantes, doloridas.

—Eh!... ¡maquinista!... para!... para!...

VICENTE MEDINA.

## La muerte del torero

Sembrándolo de galas y colores gozosa multitud el circo lleno... Brilla radiante el sol, cuyos fulgores dan esplendor á la animada escena. A una señal, los bravos lidiadores pisan gentiles la tostada arena,

y acallando los múltiples rumores largo aplauso de júbilo resuena... ¡Incomparable cuadro! La alegría doquier aroma y por instantes crece: alienta á la bizzarra torería,

en los ojos del pueblo resplandece, y, compañera de la luz del día, en tierra y cielo residir parece. Suena el clarín... La multitud curiosa, hacia el toril dirige su mirada de ver al toro aparecer ansiosa, y á empezar se apercebe la jornada la cuadrilla resuelta y animosa...

Y comienza por fin la lucha fuerte, bella y grande á la vez... Nadie sospecha, cuando el pueblo á sus anchas se divierte que flotando invisible en torno acecha una espantosa trágica: la Muerte...

II

De pronto hiende el aire el lastimero grito de espanto que el concurso lanza, al ver que el bruto se revuelve fiero, y aun con vigor para matarlo alcanza al bravo espada que le hirió certero.

Con bárbaro coraje le acomete, le engancha, le derriba, le voltea, y sin que nada su furor sujete, cada vez más airado le arremete y el corazón le parte en la pelea... Doloroso terror y desconcierto causa el cuadro á los otros lidiadores:

¡que es mucho ver sobre la arena yerto al que há poco, entre alardes y primores de su ciego valor y su destreza, del animal burlaba la fiereza!

Mas por sarcamos del deber severo, han de dar al olvido el trance duro cuando sacan del circo al compañero... Y el pueblo acepta... porque está seguro de que siempre el deber es lo primero. Y como sólo á divertirse ha ido y poco esfuerzo el olvidar le cuesta, de su memoria aparta lo ocurrido, y á solazar su espíritu se apresta mirando sucederse distraído los pintorescos lances de la fiesta.

III

¿Y el muerto? Sólo está... Por llanto y duelo tiene el rumor de muchedumbre humana que aplaude y grita con creciente anhelo; y por túbene doble de campana á su trágica muerte consagrado, ¡el toque alegre del clarín sonoro, que le anuncia al concurso entusiasmado la salida á la arena de otro toro!...

S. ALVAREZ QUINTERO.

Un cuento diario

## La romería

—¡Albricias! ¡Albricias! ¡Ya está aquí el señor cural!—gritaba un muchacho de unos diez años, con cara de bollo, colorado como una manzana.

En efecto, por el sendero que conducía á la casa, cabalgando en arrogante mulo, y resguardándose de los rayos de un sol abrasador del mes de Agosto, con un paraguas de algodón encarnado, venía un sacerdote ya entrado en años, en cuyo agradable rostro, surcado por algunas arrugas y coronado por cabellos grises, se reflejaba la bondad de su corazón y la dulzura de su carácter.

—La paz de Dios sea en esta casa—dijo bajando de su cabalgadura y entregando las riendas á un hombre joven que salió á recibirle.

—Bien venido sea usted, señor cura, á esta humilde casa. Tú, muchacho, lleva el mulo á la cuadra y dale un buen pienso, que la distancia que ha recorrido es larga y necesita descansar.

—Y el señor cura también—dijo una mujer joven y hermosa, que se dirigió con un niño pequeño en brazos, al grupo formado por el sacerdote y su marido—asi es, Juan, que no debes entretener aquí á este señor, cuando allá dentro están todos esperándole ya un rato; pues no han querido sentarse á la mesa sin estar él.

—¡Muchachos, aquí tenemos al señor cura que se digna hoy, como todos los años, venir á bendecir nuestra mesa y á tomar parte en nuestra alegría.

—¡Viva el señor cural!—gritaron una

porción de hombres y mujeres, la mayor parte jóvenes, levantando los brazos y los sombreros al aire y acudiendo en tropel á saludar al forastero.

—Gracias amigos míos, gracias, ya se que todos me quereis más de lo que yo merezco, y procuro corresponderos rogando á Dios que conserve siempre en vosotros esta gran unión y cariño y la veneración que sentís por nuestra patrona la Virgen de los Angeles, cuya festividad nos viene reuniendo tantos años.

—¡A la mesa! ¡a la mesa!, dijo María, la esposa de Juan, colocando dos monumentales cazuelas llenas de humeante gazpacho, en el centro de una gran mesa, modesta, pero brillante por la blancura de sus manteles.

El señor Cura juntando las manos, dijo:

—Hijos míos, como de costumbre, rezaremos un padre nuestro por el descanso de los que antes se han sentado en el lugar que hoy ocupamos nosotros.

Todos rezaron; después se sirvió la comida, y á partir de aquel momento, entre aquellas honradas gentes, reinó la mayor alegría y cordialidad.

—Creo que ya es hora de ir á la ermita, pues son cerca de las cuatro, dijo el sacerdote.

—¡A la ermita! fué la exclamación general, y se dispusieron á marchar, cogiendo unas, grandes ramos de flores, otras palmas, ramos de olivo y panderetas, ellos flautas y tamboriles, las viejas sus báculos, y así todos corriendo y saltando, se pusieron en camino.

¡Qué hermoso golpe de vista en el centro de un extenso valle, cubierto de frondosísimos árboles, que bordeaba un riachuelo, se alzaba una pequeña ermita, de construcción sencillísima, blanca como una paloma.

—¡Hijos míos! mirad como la Madre de los Angeles, nos está esperando con los brazos abiertos; corramos á depositar á sus pies estas flores, que ella hará llegar hasta el trono de Dios, dándonos en cambio la paz del alma.

Se prostraron de rodillas. El silencio respetuoso de aquella multitud creyente que adoraba á la madre de Dios, dominaba á la naturaleza.

La tierra, sensible á la ausencia del sol que trasponía un monte, cuya cumbre se iluminaba, comenzaba á gemir llenando el valle con el vaho asfijante que se desprendía de las flores y los rumores sordos de la arboleda.

G. BERNABEU ALMIÑANA.

## CANTARES CON HISTORIA

Yo que soy gitana y probe, hila der camino red, por estas cruces te juro que no has de verme enjamás.

Y como lo dijo, lo hizo. Nadie volvió á verla por el pueblo. Gitana de veras, no señorita de copete mal disfrazada con hábitos gitanescos, como la Preciosilla de Cervantes, ni tampoco meliflua y delicaducha damisela como la Esmeralda de Victor Hugo, la gitana de mi copla se marchó del pueblo donde siempre había vivido, se unió á la primera caravana de otros gitanos, y hay quien dice que le ha visto entre los Heredias, gitanos de Granada, y quien asegura haberla guipado entre los Montoyas, gitanos de la serranía cordobesa, y quien se precia de haberla reconocido en el aduar de los Vargas, en la feria de Talavera de la Reina.

Mentira todo ello; á una gitana nadie la engaña; de una gitana de veras nadie se burla, que burlas y engaños son el mayor patriotismo de la gitanería... y, sin embargo, á aquella de la copla hubo quien la engañase y quien se burlase de ella y como suele acontecer, el tal fué un mala sombra, un patoso, un maula, que el día que le bautizaron se habia acabado la sal.

Lo que en su interior tendría el diantre del hombre para alocar á una mujer de tantos brios, quies es capaz de saberlo! Jugarle una mala partia, enfriarle el corazón, hubiera sido muy fácil; pero el caso entonces se hubiera sabido, y ¡qué hubieran dicho los Vargas, y los Heredias y los Montoyas, retoños de los viejos troncos gitanos que por toda Europa y parte de Africa tienden sus raíces!

No; la hija del camino red, burlada y engañada, tenia que hacer la del jumo, por el delito de haber querido á uno que ni era gitano ni probe.

Y como lo dijo lo hizo. Nadie volvió á verla por el pueblo.

LA AGITACION ESCOLAR

La tarde de ayer en Madrid

(POR CORREO)

En Gobernación

A las tres de la tarde el patio central del ministerio de la Gobernación estaba ocupado por un escuadrón de guardia civil y multitud de guardias de seguridad.

Nuevas manifestaciones... Delegado herido.

A las tres y media de la tarde, un grupo se situó en la farola central, donde pasan los tranvías de Quedo.

El delegado del Centro, Sr. Perez Rozas, se propuso disolver el grupo y recibió un golpe en la cabeza. Fué conducido á un almacén de vinos situado en la calle de Preciados, esquina á la de Rompelanzas, donde el doctor Silva le curó de una herida que calificó de grave.

Acto seguido los manifestantes marcharon hacia los barrios bajos por las calles de Carretas y Espoz y Mina.

Frente al Casino Militar

Al llegar los manifestantes frente al Centro del Ejército y la Armada dieron muchos vivas al Ejército, á la República y mueras á Maura.

Siguieron después por las calles de Cañizares y Olivar hasta la de Calvario, donde les salió al paso una sección de guardia civil de caballería, que les hizo replegarse hacia la calle de Atocha, en la que permanecieron largo rato dando vivas á la República y mueras al Gobierno, con especialidad al señor Maura.

Los grupos se muestran con espíritu belicoso, y los ánimos están muy excitados.

Todas las bocas calles que conducen á los barrios bajos están tomadas por la fuerza pública.

Los manifestantes vuelven hacia la Puerta del Sol.

La muerte del Hospicia

Pasada la refriega, nos dirigimos á la calle de San Carlos, número 1, junto á cuya puerta cayó muerto el desgraciado vendedor.

El portero y algunas otras personas que allí se hallaban, y que habían sufrido violentísima impresión, nos refirieron lo que habían visto.

—Estábamos en la portería—nos dijeron—cuando sonaron los primeros disparos hechos en la calle de Lavapiés. La gente, que corría asustada en todas direcciones, se precipitó al portal para librarse de los disparos que sobre los manifestantes se hacían. Ahí enfrente se colocaron algunos guardias que salieron de la Delegación de vigilancia. Los grupos que se estacionaron en la plaza de Lavapiés tiraron algunas piedras.

Precipitadamente corramos las puertas, y dentro quedaron todas las personas que habían logrado entrar.

No habíamos hecho más que cerrar cuando oímos las detonaciones. Los guardias disparaban tiros y más tiros. El número de detonaciones que escuchamos pasó de veinticinco ó treinta.

—¡Ustedes vieron caer al joven que ha sido muerto?

—No, señor. Oímos perfectamente un grito desgarrador, un ¡ay! horrible que nos produjo profunda emoción.

Momentos después, al convencernos de que había cesado la batalla, abrimos la puerta y salimos á la calle. A dos metros del portal, en la acera, vimos un pequeño charco de sangre. Era la del infeliz que acababa de ser muerto momentos antes.

Otro muchacho de los que escuchaban nuestra conversación interumpió diciendo:

—Yo he visto cómo le han matado. Estaba en la calle de San Carlos, casi en la esquina; retrocedió para escapar, y al empezar á correr le dieron el balazo en la cabeza. Se echó la mano atrás, y cayó al suelo. Aproximáronse varios muchachos, que lo levantaron del suelo y lo llevaron en hombros. No le oí decir ni una sola palabra.

